

# "Cuando yo era chica..."

## La infancia de CLARA CAMPOAMOR

**F**UE un domingo de Carnaval, por la tarde, cuando vino a este mundo Clara Campoamor. A poco de nacer, se presentó en la casa, disfrazado, no sé si de "Pierrot" o simplemente de "destrozona", un tío de "la criatura", el cual estaba dispuesto de antemano a ser el padrino.

—Mi padre—que con motivo del nacimiento de su primogénita estaba de muy buen humor—increpó burlescamente al tío.

—¿Te parece a ti bien que la primera visita de mi niña sea una máscara?"

nada más "que algo de provecho", le proporcionaría continuas satisfacciones. Y no sólo esto, con ser mucho, estaría haciendo ahora las delicias de aquel padre, con tanta ternura recordado. Don Manuel era republicano. Uno de aquellos federales en cuyo hogar se rendía a "la Niña" un culto fervoroso y sincero. Clarita y sus hermanos no esperaban nunca los juguetes de "los Reyes", como todos sus amiguitos. A ellos los juguetes se los trajo siempre "la República", que era mucho más bonita y más buena que "los Reyes", según les explicaba su papá. Naturalmente,

los chiquillos ardían en deseos de conocer a aquella señora a quien su papá quería tanto, y que les traía juguetes y caramelos. ¿Por qué no venía? Los amigos les contaban que algunas veces vieron a los Reyes Magos en las cabalgatas. ¿Por qué la República, si era tan buena, no quería que la conociesen? Don Manuel, lleno de una emoción que ellos no podían comprender, les contestaba siempre: "Ya vendrá, quizá cuando vosotros seáis mayores, quizá cuando yo no pueda verla, pero vendrá. Estuvo una vez aquí antes de que vosotros nacierais, pero fué demasiado bondadosa, se confió y la echaron... ¡A traición! Pero la echaron."



A la pequeña Clarita no le gustaba posar. Véanla aquí con un duro en la mano, que le entregó su padre para convencerla de que se estuviera quieta.

De esta manera empezaron los niños de don Manuel, Clarita y Eduardo, a ser republicanos.

### EL COLEGIO Y LA CALLE DE ATOCHA

Al morir este gran republicano y padre ejemplar, el cuadro que ofrecía su casa no podía ser más triste. La madre, muy joven, se encontraba sola, sin más fortuna que sus tres hijos, la mayor, Clarita, de nueve años. Había que sacarlos adelante a todos y a una sobrina que vivía con ellos. Menos mal que la viuda era modista, y aunque durante su matrimonio había abandonado el oficio, montó a toda prisa un taller, y trabajando de día y de noche, conseguía dar de comer a aquella prole.

—Créame usted—me dice la señorita Campoamor con verdadero y legítimo orgullo—: mi madre, que, afortunadamente, vive todavía, merece un monumento. Por eso, cuando alguien trata de ensalzar mi labor, yo me río. Comparado con el esfuerzo de mi madre, todo lo mío resulta una pequeñez... Parece que la estoy viendo coser sin descanso, de día y de noche. Yo quise ayudarla, pero ella, recordando la frase de mi padre—"hay que hacer estudiar a esta chica"—e imponiéndose un sacrificio económico muy grande para ella, me colocó interna en un colegio de monjas, donde estuve dos años.

—¿Recuerda usted cosas del colegio?

—Recuerdo que tenía muchas ganas de salir, y que era bastante revoltosa. Allí fundé una especie de sociedad secreta, compuesta por varias chicas de confianza, sociedad cuyo único fin era coger todos los objetos comestibles que encontráramos a mano y armar por las noches un pequeño banquete en el dormitorio. Si alguna asociada perdía la ocasión de guardar comida sobrante o de cogerla aprovechando descuidos de las monjas, quedaba expulsada de la sociedad.

Algunos domingos me sacaba mi madre para que pasara el día con ella, y recuerdo la impresión que me causaba pisar la calle de Atocha; me parecía entonces un paraíso de libertad.

### LAS LECTURAS DE "EL IMPARCIAL"

A los doce años salió la niña del colegio, y, sin descuidar los estudios, ya que



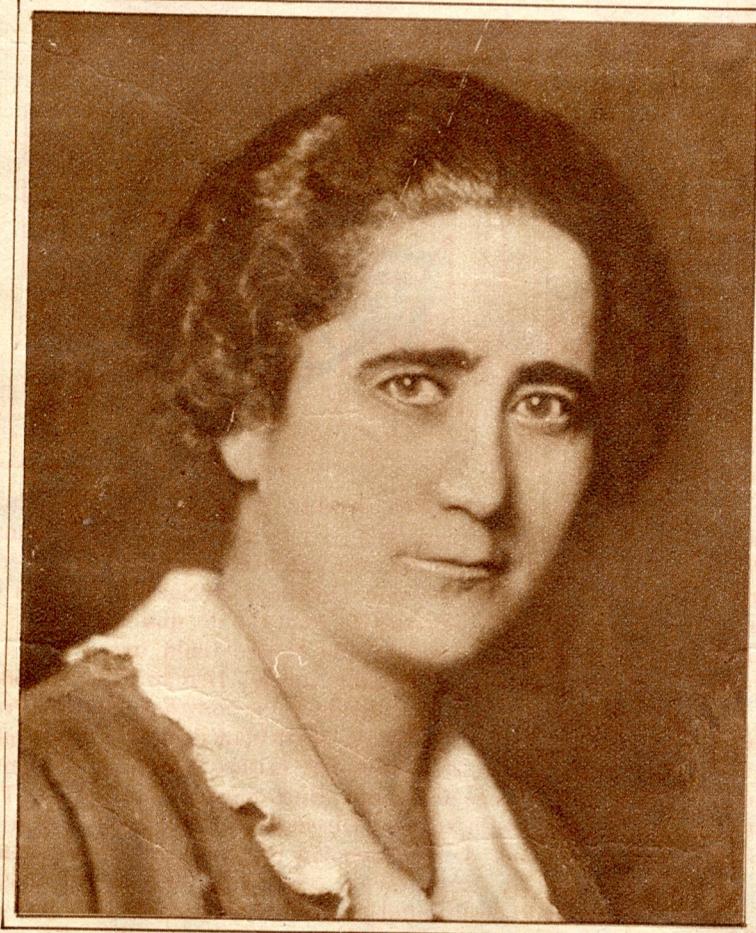
A pesar del aire de burguesita tímida que la señorita Campoamor tiene en esta foto, era ya una muchacha laboriosa. El retrato pertenece a la época en que era telegrafista en Zaragoza.

—Muchas veces recuerdo habérselo oído referir, siendo yo muy pequeña. De esto hace ya bastantes años... Claro que no tantos como asegura algún diputado ateneísta—comenta la señorita Campoamor, en un tono un poco burlón.

Los primeros recuerdos que conservo—continúa—son, naturalmente, caseros; vivíamos en la calle del Marqués de Santa Ana, muy cerca de "La Correspondencia de España", periódico en el que escribía mi padre. Recuerdo también que muchas veces me llevaba con él a la redacción y me explicaba, con gran paciencia, para qué servían todas las cosas. Yo notaba en mi padre cierta predilección por mí, y, no obstante castigarme muchas veces por ser excesivas mis travesuras, estaba contento, y solía decir a mi madre: "Hay que educar bien a esta chica y hacer que estudie. Se puede sacar de ella algo de provecho."

### LOS JUGUETES DE LA REPUBLICA

No se equivocaba don Manuel Campoamor, y si la muerte no hubiera realizado su labor destructora tan pronto, a estas horas sería, sin duda, uno de los hombres más felices de España. La labor fecunda de su hija Clarita, en la que él adivinaba



La señorita Clara Campoamor, uno de los más destacados valores de las Cortes Constituyentes.

había de continuarlos cuando la fortuna les fuera poco menos adversa, empezó a aprender el oficio de su madre. Como doña Pilar, cosía Clarita de día y de noche; pero no eran éstas sus aficiones. A ella lo que le gustaba de verdad era leer. Cuentos, novelas, folletines; todo lo que caía en manos de la pequeña Clara era devorado con avidez. A su madre le disgustaba un poco esta afición por la lectura, y un día, que la sorprendió en su cuarto, ensimismada con un novelón de "El Imparcial", hizo pedazos el periódico, ante la consternación de la chiquilla, que se lamentaba:

—¡Qué trastorno! Ahora tendré que estar me toda la vida sin saber lo que ha sido de ese "pobre hombre".

El "pobre hombre", a quien Clarita se refería, era un "gentlemen", llamado "Mister Smoking", el cual estaba a punto de ser quemado vivo en el preciso instante en que su madre entró en el cuarto destruyendo lo que a ella le parecía un monumento literario.

—A pesar de aquel contratiempo, mi afición a la lectura se acrecentaba cada día. Igual le pasaba a mi hermano Eduardo, y si la acción de nuestros novelones tenía lugar en Madrid, los domingos nos marchábamos los dos a pasear por los sitios que habían recorrido nuestros protagonistas. Con motivo de "El cocinero de Su Majestad" conocimos todo el Madrid pintoresco. ¡Con qué emoción pasábamos los dos el Viaducto, para internarnos en el barrio de nuestra novela!...

ACCIDENTES

No obstante estas aficiones literarias, Clarita era lo que se llama un diablillo. Todavía conserva las señales de sus travесuras.

—¿Ve usted esta señal? Me la hice corriendo con una trompeta robada a mi hermano; me caí y me la clavé en la cara. Esta otra es una quemadura producida con un quinqué. Otro día me encontré, sin saber cómo, en el tercer piso de una casa que había empezado a hundirse; total: que me sacaron viva de milagro. Pero lo más serio me ocurrió en Santoña, donde pasábamos los veranos. Cuando jugaba caí dentro de

un pozo, del cual me extrajeron casi en estado agónico. En fin..., que mi familia vivía conmigo en continuo sobresalto.

EL PRIMER FRACASO AMOROSO  
Y LITERARIO

Clarita jugaba y paseaba siempre con su hermano Eduardo y otros amigos. Uno de éstos era

el destinado por ambas madres para que, andando el tiempo, fuese su novio.

—Era un chico muy bueno y muy simpático —sigue contándome la señorita Campoamor—; pero ninguno de los dos nos sentíamos atraídos por algo más que la amistad. A mí, el que de verdad me gustaba era un amigo suyo. Resultó que también le gustaba yo a él, y, por tanto, una vez que llegamos a esta conclusión, nos hicimos novios. Todo marchaba bien; pero un día tuvimos un disgusto por una tontería, y yo quise aprovechar esto para demostrarle mis aptitudes literarias. Decidí, pues, escribirle una carta. Una carta que, por fin, me salió bien y que parecía muy espontánea, no obstante el tiempo que me costó hacer el borrador. Quedé muy satisfecha de mi obra, y le envié aquel manuscrito, perfecto, según mi autorizada opinión. Pero, cual no sería mi sorpresa, al ver que al día siguiente mi novio me devolvía el borrador, que, sin darme cuenta, había yo metido dentro del sobre. Como usted comprenderá no tuve más remedio que terminar las relaciones. Creo que ha sido ésta la mayor vergüenza que he pasado en mi vida.

—¿No le quedarían ganas de volver a hacer un borrador?...

—Jamás.

EL VERANEO EN SANTOÑA

—¿Qué es lo que recuerda con más gusto de su infancia?

—Los veranos que pasábamos en Santoña, donde había nacido mi padre.

Allí no había que ir al colegio, y podíamos correr y saltar por el monte. Una de mis mayores diversiones era cuidar las gallinas que había en casa de mi abuela. Cuando alguna estaba

incubando vivía yo horas de ansiedad enorme hasta que salían los pollitos. ¡Era un día de fiesta! Cómo será el recuerdo conservado por mí de Santoña, que nunca he querido volver, para que no se rompa el encanto de aquellos veraneos infantiles.

J. C.

(Fotos Palomo.)



Esta es la casa donde nació Clara Campoamor. A la izquierda, se ve la reja por donde la ilustre diputado constituyente "pelaba la pava".